

**Carme
Chaparro**
Calladita
estás
más
guapa



**Carme
Chaparro**
Calladita
estás
más
guapa



ESPASA

© Carme Chaparro, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.

Diseño de interiores: María Pitironte
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: © Irene Blanco

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 19.496-2019
ISBN: 978-84-670-5685-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Cállate

EL PRIMER REGISTRO PARA LA HISTORIA DE UN HOMBRE MANDANDO CALLAR a una mujer y diciéndole que se meta en sus asuntos —el primero, al menos, que ha llegado por escrito hasta nosotros— es el del adolescente Telémaco ordenándole a su madre «métete dentro de casa, ocúpate de tus labores propias, el telar y la rueca (...). El relato está a cargo de los hombres y mío es el gobierno de la casa». Homero escribió la *Odisea* hace tres mil años, pero aún hoy sigue habiendo especial reticencia a que las mujeres lleguen al discurso público y tengan voz propia en él.

«Es una excelente propuesta, señora Triggs —contesta un jefe a su empleada en una reunión—, quizá alguno de los hombres aquí presentes quisiera hacerla». ¿Qué mujer no ha sido tratada como la señora Triggs? ¿Qué mujer no ha sentido que su voz no era escuchada, o que la misma propuesta en voz masculina sí era tenida en cuenta?

Así comienza el fascinante último libro de Mary Beard, *Mujeres y poder*. Quizá la reconozcan por sus maravillosos documentales sobre los imperios griego y romano y su hipnótica manera de contarnos el mundo clásico, que le valió en 2016 el premio Princesa de Asturias. Con su bici, su larga melena canosa, sus zapatillas de colorines y su eterna sonrisa, Beard ha sido víctima de los más despreciables *trolls* de Internet cada vez que se pronuncia públicamente sobre algo. A ella, una de las grandes autoridades mundiales en historia clásica, le llueven hordas de incultos que le dan lecciones en la materia, como si supieran más que ella.

Puro *mansplaining*. Pura condescendencia machista —a ver, niña, que te lo voy a explicar para que te enteres, que tú no tienes ni idea—. A mí, personalmente, me gusta muchísimo más la traducción al español: machoexplicación.

Deberíamos ponerla de moda.

Machoexplicación.

Homero escribió la *Odisea* hace tres mil años, pero aún hoy sigue habiendo especial reticencia a que las mujeres lleguen al discurso público y tengan voz propia en él.

Beard ha escrito una pequeña joya precisamente sobre eso: sobre ser mujer y tener voz pública y ser escuchada. Sobre lo que cuesta llegar hasta allí. Y sobre todos los que quieren darnos lecciones —sobre todo, hombres— acerca del tema que dominamos.

Pero no solo eso.

Incluso ahora, muchas mujeres con voz pública siguen arrinconadas en guetos femeninos y temas femeninos. Los hombres han conseguido que los asuntos masculinos —incluso hablar de sus prepucios— sea una cuestión que interese a toda la humanidad. Nosotras, si hablamos de nuestros ovarios, estamos tratando «esos temas femeninos». En los rankings de mejores discursos de la Historia, las pocas mujeres que se cuelan lo hacen hablando de eso, de mujeres. Y no avanzaremos hasta no conseguir que nuestros úteros interesen a toda la humanidad.

El selfie

NO SÉ SI HABRÁN VISTO EL *SELFIE*, UNO DE LOS MÁS polémicos del gobierno de Donald Trump nada más ganar las elecciones. Resulta que una de las primeras cosas que hizo su vicepresidente, el ultraderechista Mike Pence, nada más salir elegido fue reunirse con los miembros del partido Republicano que habían obtenido escaño en la Cámara de Representantes, lo que aquí en España es el Congreso. Durante el encuentro se hicieron un *selfie*, que con jolgorio —no en vano acaban de ganar las elecciones— subieron a las redes sociales. En pocos minutos la polémica ardía en Internet. No por el ultraderechismo hacia el que estaba virando el partido con Trump. Ni por las polémicas que rodeaban —y rodean— al presidente electo. No. Esta vez las críticas les llovieron a los republicanos porque el *selfie* era una demostración de abrumadora superioridad blanca. Entre el más de un centenar de cabezas que asomaban en la multitud, no había ni una sola persona de otra raza. Ni un solo negro. Ni un solo latino. Nadie de las dos grandes minorías de Estados Unidos.

Pero a mí —llámenme mosca cojonera si quieren— lo que me subleva de esta fotografía no es solo que no haya negros o latinos, sino que ni siquiera

nos demos cuenta de otras personas que también faltan: las mujeres. Apenas cuento nueve entre las decenas de cabezas que se amontonan para salir en la imagen. Pero nadie ha montado un escándalo por eso. Las mujeres somos la mitad de la población del mundo y, sin embargo, en esa fotografía de los cargos del partido Republicano apenas son una de cada diez personas. ¿Está tan normalizada la ausencia de mujeres —o nos hemos acostumbrado tanto— que casi no la vemos? Sin embargo, si no hay personas de raza negra —que en Estados Unidos son un 12,6% de la población—, se arma el escándalo. Si no hay latinos —un 16,4% de los estadounidenses—, también estalla la polémica. Pero si apenas hay mujeres parece no pasar nada.

Por eso es tan necesario que alcemos la voz. Que nos quejemos. Y que nos dejemos ver. Que nos hagamos valer y exijamos aparecer en la foto.


Para no seguir siendo invisibles.

Después de muertas


DESPUÉS DE MUERTAS NO QUEDA NADA, EXCEPTO EL RECUERDO QUE DEJEMOS en nuestros seres queridos. Pero si hablamos de pasar a la posteridad, después de muertas no queda nada, excepto lo que se escriba sobre nosotras. Por eso, la Historia, esa historia con mayúsculas, está llena de hombres que han hecho cosas —buenas o malas—, pero hombres, siempre hombres, que han trascendido a sus vidas cotidianas y se han ganado algunos renglones en las páginas de los libros.

De esos que se estudian.

El *New York Times* empezó a publicar obituarios en 1851, y ahora se han dado cuenta de la poquísima cantidad de mujeres a las que han considerado lo suficientemente importantes como para dedicarles espacio en sus páginas de necrológicas. Ni Charlotte Brontë, la autora de *Jane Eyre*, ni Emily Warren —la supervisora del puente de Brooklyn— han merecido el día de su muerte un lugar en las páginas de uno de los periódicos más importantes del mundo. No es algo que se haya corregido con el paso del tiempo. En los últi-



**Ya es tarde para
tantas y tantas
y tantas mujeres
a las que nunca
conoceremos.
Mujeres que han
caído en el olvido de
la Historia, pero cuyos
logros han cambiado,
aunque sea un poco,
la manera en la que
vemos el mundo o el
mundo tal y como es
hoy.**



mos dos años, solo uno de cada cinco obituarios ha estado dedicado a una mujer.

Para paliar ese error histórico —que a tantas grandes mujeres ha condenado al olvido— el *New York Times* ha pedido ayuda a sus lectores. No solo va a publicar los obituarios de esas mujeres a las que ha ignorado durante más de siglo y medio, sino que tampoco quiere olvidar a las mujeres aún vivas que también se merecen un espacio en las necrológicas el día que mueran. Y para eso ha solicitado a sus lectores que envíen propuestas con las que consideren que merecen un obituario.

Todo eso está muy bien, pero ya es tarde para tantas y tantas y tantas mujeres a las que nunca conoceremos. Mujeres que han caído en el olvido de la Historia, pero cuyos logros han cambiado, aunque sea un poco, la manera en la que vemos el mundo o el mundo tal y como es hoy. Mujeres a las que sus coetáneos —hombres— no consideraron lo suficientemente importantes como para escribir sobre ellas el día de su muerte.

Sería fantástico, por cierto, que algún medio de nuestro país comenzara a reparar ese tremendo error histórico. ¿Cuántas españolas se quedaron sin su obituario? ¿Cuántas, aún vivas, se quedarán sin el suyo?

Mujer en silencio

QUISO HACER UN HOMENAJE A SU MUJER. Y LO QUE LE SALIÓ a Mariano Rajoy en su discurso de despedida del PP fue una ducha de realidad —de «su» realidad—: «Nunca me he llevado un problema de casa al trabajo, porque siempre había una persona que me los solucionaba de manera silenciosa». Yo les digo quién era —aunque seguro que se lo imaginan: Viri, su esposa, que siempre ha estado para ocuparse de todo lo que ha tenido que ver con el hogar del expresidente del Gobierno. Ella siempre ha estado ahí para que Mariano pudiera llegar bien descansado —y despejado mentalmente— al trabajo.

Ni uno solo de los problemas familiares u hogareños distraía a Mariano Rajoy. Él, a lo suyo.

Al trabajo.

¿Les suena?

Siempre se ha dicho que detrás de un gran hombre hay una gran mujer, pero la realidad es que los hombres poderosos pueden serlo porque los asuntos domésticos —y familiares— los tienen solucionados. Y cuando digo solucionados no me refiero solo a la parte física —las labores del hogar: planchar, cocinar, limpiar, hacer las camas...—, sino también a lo que muchas veces es lo que más estresa, la parte mental —toda la organización de la casa: previsión, horarios, intendencia..., que emocionalmente supone un desgaste terrible—.

Sin esa doble carga, esos hombres pueden centrarse en una sola cosa: triunfar. Los que se autodesdientan del hogar tienen la libertad de dedicar

todo su tiempo y energía al trabajo, y así ascender, y ascender, y ascender, sin horarios ni cargas mentales, sin estrés, sin estar al borde de un ataque de nervios porque llevas dos días sin agua caliente y no hay manera de cuadrar tu horario con el del fontanero, o porque cierran el cole y ves que no llegas a tiempo, o porque no encuentras el hueco de llevar al pequeño al

dentista, o porque no hay nada, nada en la nevera ni en los armarios, para preparar algo de cena esta noche.

Le salió pelín machista la frase a Rajoy, y no quiero pensar que esa sea la idea que tiene el expresidente de la familia, el hogar y la conciliación. «Nunca me he llevado un problema de casa al trabajo». ¿No? ¿Ninguno? ¿Ni siquiera si sus hijos los tenían en el colegio, o si alguno llevaba unos días algo triston o algo rebelde o algo celoso? Pero, además, está ese «de manera silenciosa» en referencia a cómo actúa la mujer. Calladita, sin protestar, sin rechistar. Mártir en silencio. No vaya a molestar.

¿De verdad es para presumir?

Paraonas

CUANDO HATSHEPSUT SUBIÓ AL TRONO, MIL QUINIENTOS AÑOS ANTES DE CRISTO, se convirtió en la primera faraona de Egipto. Pero, para reinar, tuvo que transformarse en un hombre. Vestir como un hombre, llamarse rey —y no reina— e incluso ponerse barba de vez en cuando. Resultó ser uno de los mejores farao-

nes del país y dio a los egipcios veinticinco años de prosperidad. Aun así, tras su muerte ordenaron aniquilar sus estatuas y borrar su nombre de la Historia. Los hombres que gobernaron tras ella estaban asustados porque el éxito de Hatshepsut podía inspirar a otras mujeres. ¿Qué iban a hacer los egipcios —los hombres egipcios— si, de repente, las mujeres veían que podían tomar las riendas de su vida, mandar y llegar a mandar tanto que incluso podrían ser faraonas?

Así que, tras su muerte, Hatshepsut dejó de existir. Porque no se puede imitar lo que no se ve. Y si las mujeres no tenían su ejemplo, no desearían ser como ella.

Anoche les conté esta historia a mis hijas —recopilada en el maravilloso libro *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes*— porque una de ellas me dijo que las niñas mayores no juegan al fútbol. «Mamá, es que en los partidos de la tele solo juegan chicos», se quejó. Sí que hay chicas, le contesté yo, sí que hay chicas que juegan al fútbol, pero no salen mucho por televisión. No las vemos, de la misma manera que no hemos visto —porque no están— ningún nombre femenino en el cartel del Congreso de Columnistas Españoles que se celebra en León —qué buena definición esa de la «prosa cipotuda»—. Y de la misma manera que los niños de varios colegios británicos alucinaron cuando les dijeron que iban a verlos al cole un piloto de caza y un bombero y... ¡aparecieron mujeres!

No estamos ni en el callejero (nueve de cada diez calles españolas tienen nombre masculino, las femeninas son, en su mayoría, vírgenes y santas). Somos el 51% de la población, pero seguimos remando en galeras. Y parte de la culpa, señoras, es nuestra. Tenemos que levantar la mano y alzar la voz, protestar, dejarnos ver, reivindicar nuestro espacio, darles a nuestras hijas la ambición de quererlo todo. Porque si las niñas no nos ven, si no ocupamos los espacios públicos, no querrán ser como nosotras.

Hormonas reales

COMO ÉL ES HOMBRE —SOBRE TODO ES HOMBRE ANTES QUE MONARCA— tiene que desahogarse, claro. Necesita su espacio, su momento de virilidad privada y su reafirmación de la masculinidad perdida por culpa de ser un segundón a la

sombra de una mujer. Él es Felipe, duque de Edimburgo y esposo de la reina más longeva de Europa, Isabel II de Inglaterra. A los noventa y siete años, y en busca de ese equilibrio hormonal, el duque acaba de estrellar su todoterreno.

Sus súbditos llevan décadas acostumbrados a que el grandullón alemán necesite sentirse un hombre, a salvo de la resignada humillación a la que se sometió tras casarse con Isabel. Él —lo supo desde el primer momento— nunca iba a ser rey —el protocolo de la monarquía británica lo relega al título de duque y marido de reina— y siempre se vería obligado a andar semiculto tras la poderosa y alargada sombra de su esposa.

Jubilado ya, Felipe sigue con sus fiestas, sus mujeres y su vida lejos de la corte, respirando libertad, sintiéndose hombre. «La reina considera que el duque merece una jubilación apropiada», cuentan fuentes de la Casa Real a la prensa británica. «Ella —Isabel II— lleva toda la vida tolerándole las escapadas e infidelidades, es la manera de retenerlo a su lado y lo entiende», explica el historiador Pies Brendan. «Está claro que el duque necesitaba una válvula de escape, y la reina siempre fue tolerante con sus amigas especiales».

Amigas especiales. Tolerante. La reina. Con su marido.

Todo en orden.

Ahora imaginen la historia al revés. Mujeres trabajadoras, inteligentes y preparadas. Mujeres con una exitosa carrera laboral que lo dejan todo por un hombre. Por un hombre que es rey. Mujeres obligadas a someterse al estricto protocolo de palacio. Mujeres que pierden la voz propia y el derecho a opinar. Mujeres que se convierten en sombras de su marido al servicio de una institución y quedan reducidas a un ramo, una sonrisa y un estilismo. Mujeres a las que solo se juzga —y con extrema dureza— por cómo lucen, y no por cómo son. Mujeres a las que se las obliga a competir en público entre ellas por su apariencia.

Y ahora piensen si alguna de todas esas reinas y princesas ha necesitado restaurar su equilibrio hormonal, escaparse de la corte, sentirse mujeres. O si, en caso de haberlo hecho, se lo hubiéramos no solo tolerado, sino comprendido y justificado.

¡Si con el famoso «déjame terminar» de la ahora reina Letizia —cuando solo era prometida del entonces príncipe Felipe— casi la desterramos de España!

Como para otras cosas que no sean agitar el ramo y sonreír. Vamos.

Tiene la casa fatal

PODEMOS IMAGINAR LA ESCENA ASÍ: HOSPITAL PÚBLICO EN ALGÚN LUGAR DE España. En una de sus habitaciones, una mujer de setenta años lleva dos semanas ingresada por un grave problema vascular: tiene isquemia distal en las dos piernas, una patología que puede desembocar incluso en necrosis y amputación. La doctora pasa visita. Junto a la cama está el marido de la paciente. «¿No podrían darle el alta a mi señora? —pregunta—. Lleva ingresada dos semanas y ya tiene la casa fatal». A pesar de comprender la gravedad de la situación clínica de su mujer, el hombre necesita que le cuiden y organicen la vivienda. Y la única que lo ha hecho toda la vida es su esposa.

Lo cuenta en Twitter la doctora @emejotapq. «ELLA es la que tiene la casa fatal. A las mujeres no nos permiten ni enfermar ni mucho menos dejar de cuidar».

No puedo evitar sentir lástima por ese anciano. Un hombre absolutamente dependiente de su mujer que no puede valerse por sí mismo en las cosas cotidianas porque siempre se las han dado hechas. Pero siento más lástima aún por ella. Por esa vida dedicada a servir y a ponerse en último lugar. Estoy convencida de que desde esa cama de hospital, a pesar de estar muy enferma, se siente culpable por no cuidar de la casa.

Como respuesta al tuit, @medfeminista comenta que no es una situación tan infrecuente. «A veces la familia presiona para evitar el ingreso o agilizar el alta de una mujer. Con frecuencia son ellas mismas las que lo hacen: como eje articulador que son de los cuidados en la familia, no pueden asumir la desorganización que genera su ausencia».

Según el estudio *El impacto de cuidar en salud y la calidad de vida de las mujeres*, el 92% de los cuidadores son mujeres. Y cuando una de ellas se enferma o necesita ayuda, recurre a otras de la familia.

En este trabajo indispensable pero invisible y minusvalorado, se resiste a faltar. Imposible saber cuántas aplazan visitas al médico, pruebas o ingresos hospitalarios. Pero deberíamos empezar a preguntarnos el brutal impacto que eso tiene en la salud de todas ellas.

Testosterona policial y judicial

DOS ALTOS ESTAMENTOS ESPAÑOLES SE DECIDEN A DEDO MIENTRAS ESCRIBO ESTAS líneas: parte del Tribunal Constitucional y el DAO, el número dos de la Policía Nacional. Y adivinen qué. Las mujeres ni estamos ni se nos espera. En el pasteleo político para renovar el Constitucional —mucho teórica independencia, pero al final son los partidos los que reparten puestos de juez como cromos—, PP y PSOE van a dejar a un órgano judicial de doce integrantes con solo dos mujeres, ignorando las demandas de la Asociación de Mujeres Juezas, que piden más paridad en los cargos. Y aclaro algunos datos por si parece que las juezas estén pidiendo un favor: las mujeres son mayoría en la carrera judicial —52%— y mayoría también en el tramo de edad de menos de cincuenta y un años —un 60%—. Sin embargo, en las altas instancias judiciales están prácticamente desaparecidas. En el otro gran alto tribunal español, el Supremo, solo un 12% de los jueces son mujeres. En algunas salas se llega a la dramática paradoja de estar decidiendo cuestiones tan trascendentales para nosotras como el derecho al aborto —en breve se va a resolver un recurso de inconstitucionalidad contra la Ley del Aborto—, y que la decisión la tomen hombres por mayoría aplastante.

¿Por qué pasa esto? Pues por lo mismo que sucede en el resto de la sociedad. También «en la carrera judicial casi el 100% de permisos y licencias familiares los piden las juezas (...). Nosotras competimos en desigualdad con ellos, porque mientras cuidamos a la familia, los hombres engordan su currículum a golpe de méritos con los que lograr ascensos», cuenta Gloria Poyatos, responsable de la Asociación Española de Mujeres Juezas. Lo mismo sucede en la Policía Nacional. A pesar de ser el primer cuerpo militar del Estado en incluir a las mujeres, multitud de obstáculos laborales y sociales les impiden ascender como ellos.

Un ejemplo: de los treinta y seis comisarios principales que aspiraban al segundo cargo en importancia del cuerpo, el DAO, solo uno era mujer. Y adivinen qué. No la han elegido.